

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS ACTORES
RICARDO ZAMACOIS



Pub. de Bravo, Descarga nº y Madera 6. Madrid

A Zamacois me parece
que es inútil alabarle...
¡Tengo miedo de no darle
todo el hombo que merece!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Fábulas, por José Estremera.—Parece mentiral, por José Jackson Veyan.—Los desterrados, por Eduardo de Palacio.—Un tipo, por Sinesio Delgado.—Un recreo de viaje, por Juan Pérez Zúñiga.—A María, por Eustaquio Cabezón.—Epigramas, por Anónimo.—Madrigal, por José de Diego.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Ricardo Zamacois.—Variedades.—De paseo, por Cilla.



La Providencia continúa derramando sus dones sobre los madrileños de ambos sexos, proporcionándoles una abundante traspiración.

A pesar de la proximidad del otoño, la juventud suda como en tiempos mejores, y por todas partes vense rostros húmedos, que nos obligan a hacer preguntas como ésta:

—¿Se ha untado V. la cara con zaragatona?

—No, señor—suelen contestar los interpelados.—Es que me corre el sudor por el físico. Todos los de casa tenemos la misma predisposición. Mamá, en cuanto llega el mes de Mayo, se convierte en un puro chorro.

Hemos creído que había terminado la época de las humedades cutáneas, y estábamos dispuestos a saludar con efusión a los amigos; pero, desgraciadamente, hay todavía manos que parecen regaderas.

Los que poseen este adorno natural son por lo común los más aficionados a tender la diestra, como si quisieran demostrar a sus conocidos que, a Dios gracias, no les falta jugo propio.

Hay quien, al darnos la mano, nos pone en el caso de tener que decirle:

—Pero ¿qué me da V. aquí?

—La mano.

—Creí que era un manojo de acelgas.

Hemos llegado a perder la esperanza de que haga frío, por lo mismo que deseamos ver a la humanidad embozada hasta los ojos.

Sólo así puede conseguir que no se le noten los defectos.

La capa encubre las imperfecciones todas. Hay quien pasa el invierno incendiando corazones por esas calles, en clase de guapo, y al llegar Abril y desembozarse resulta que en vez de persona es un saltamontes con cabeza humana.

Toda madre que vela por el bien de sus niñas, procura, si éstas no poseen encantos naturales, que no se desenvuelvan jamás.

Por eso hay tantas chicas que pasan el invierno metidas en fundas, como los instrumentos de los murguistas.

—Quítese V. el abrigo, Fulanita—dicen los que no están en el secreto.

—De ningún modo—contestan las mamás.—No sabe V. cómo se pone en cuanto se acatarrá. Con decirle a V. que duerme siempre con unos pantalones de su padre...

Casi todas las chicas que usan manteleta a diario, ocultan alguna injuria de la naturaleza.

Algo de esto ocurre respecto de las personas mayores que no se quitan nunca el sombrero.

—Van VV. a dispensar que no me descubra—suelen decir—porque en cuanto me destapo la cabeza me pongo atroz.

Pero no es eso: es que la mayor parte de ellos no tienen cabeza; tienen un queso de bola.

Las personas aprensivas dicen que este calor es perjudicialísimo y que hay que andarse con mucho tiento para no coger una enfermedad grave.

—Sale V. de su casa descuidado—nos decía ayer un aprensivo,—de pronto se le quita a V. la respiración y a los diez minutos está V. de cuerpo presente.

—¿Y en qué consiste esto?

—En la tensión atmosférica. Lo mejor es hacer lo que hago yo. No tomo líquidos de ninguna clase: no me agito, no me ato las cintas de los calzoncillos, no fumo... Todas las mañanas tomo buchets de agua y vinagre, añadiéndole unas gotitas de aceite de la lamparilla. Después, con un cepillo fuerte me dan fricciones en la espalda. Con este sistema no hay temor de que puedan sobrevenir ataques cerebrales.

Los aprensivos abundan que es una bendición.

—¿Qué mal hace V. en rascarse la nariz con el dedo índice!—le dicen a V.

—¿Por qué?

—Porque puede venir una erisipela. Cuando le vuelva a usted a picar la nariz, use V. una muñequita de algodón en rama forrada de bayeta amarilla.

—No beba V. nunca agua sin haberse dado antes unos golpecitos en la nuez con el mango de un cuchillo—dice otro.—Es la única manera de evitar que se obstruya el conducto y sobrevenga una hemorragia.

Hay quien atribuye los crímenes de estos días a la falta de asco personal y de camisetas interiores.

—La camiseta debe usarse en todo tiempo—exclaman los aprensivos.—Muchas desgracias podrían evitarse si el hombre se abrigase el pecho y prescindiera de los cuellos postizos.

Otros, tan aprensivos como los que acabamos de citar, atribuyen los males que pesan sobre la sociedad moderna al abuso del flamenco y no pocos lo achacan al riego de las calles. Cada cual tiene sus odios y sus ideas propias.

Hay quien no transige con la luz eléctrica y dice que desde que se ha establecido en algunos puntos de la capital se nota el aumento de la criminalidad y de las chinches. Muchos se han declarado enemigos del teléfono, asegurando que nunca ha habido tantos cortos de vista como ahora.

—¿Por fuerza!—murmuran.—Esta facilidad en las comunicaciones tiene que producir resultados terribles. Antes usaba anteojos del número 12; hoy me los compro del 7 y así y todo tropiezo con los transeúntes.

Han sido detenidos tres reputados tomadores; se han alarmado las cigarreras, creyendo que iba a reventar una máquina, y ha cerrado sus puertas el Teatro de la Princesa.

Tres noticias de sensación que comunico a mis lectores, para que no digan que no estoy en todo.

Fuera de estos sucesos, no ha habido cosa mayor en la semana. Anúnciense, sin embargo, grandes lluvias para dentro de unos días, y esto ya es algo, porque saldrán a luz los impermeables con capuchón, y podrán lucirse nuestros elegantes en *gutta percha*.

¡Ah! Se me olvidaba...

Ya habrán notado VV. que sigo estando loco, a consecuencia de la novela.

Quiera Dios que a los lectores no les suceda lo mismo.

LUIS TABOADA.

FÁBULAS

I
EL PREMIO DE LA CARRERA

Júpiter ofreció un premio a aquel de los animales que venciera en las carreras que habían de celebrarse. Como en la carrera todos no podían ser iguales, dieron a los más pesados ventajas considerables. Suena el clarín, y los brutos en veloz carrera parten; se cruzan varias apuestas y crecidas cantidades.

Todos decían que el premio debía el ganso llevarse, porque con su ligereza no puede competir nadie; mas como por no pisar a los que marchan delante contiene el paso unas veces y otras tiene que pararse, alcanza el premio el cochino que, por ganarlo anhelante, corre sin ver que atropella y pisa al pobre que cae.

II

EL PERRO Y EL GATO

—¡Hipócrata, sellado con el hierro del esclavo—decía un gato á un perro,— que vas, cuando la cólera te ciega, las manos á lamer del que te pega! Toma ejemplo de mí que, al que me enfada ó acaricia, si el mimo no me agrada, le bufo, arañó y gruño, con franqueza, y sin miedo me enfurruño.—
Escuchó con paciencia el perro al gato, y al terminar su homilía, le dijo así:—No seas mentecato; si tú cuando te atufas las uñas sacas y con rabia bufas, odio cruel te toman y á palos y á escobazos te desloman. Yo, aun rabiando, me humillo y mi cólera domo afectando ser tímido y sencillo, y me pasan la mano por el lomo.

JOSÉ ESTREMFRA.

¡PARECE MENTIRA!

(A MI AMIGO PEPE CUBILLO)

Aunque te he visto anteaer con Rosario, tu mujer, mi asombro es extraordinario; es incomprendible el ver á un demonio con Rosario.
¿Dió en el suelo tu constancia tras de tanto hacer el bul?... Me dirás con petulancia que también cayó Numanela y era más fuerte que tú.
Pero ni aun así mitigo mi afán. El cielo es testigo. De lo que estoy asombrado es de que hayas encontrado mujer que cargue contigo.
Contigo, el de Maravillas Tenorio, el fiero adalid del Rastro y de las Visiillas, terror de las modistillas y chilapas de Madrid.
Contigo, el que no temió ni fregado ni barrido y siempre en guerra vivió, y para todo ha tenido menos vergüenza que yo.
¿Trás horas tan turbulentas en público te presentas sin que el dolor te destroce?... Si Rosario te conoce debe ajustarte las cuentas.
Del brazo os vi antes de ayer, y en cuanto que os pude ver con tono franco y sencillo dije:—No es feo Cubillo, pero es mejor su mujer!

Es rubia, es alta y erguida, sus facciones son hermosas y está bien constituida. ¡Tú no tienes esas cosas ni las tendrás en tu vida!
En un arranque imprudente pides que tu boda cante. Pues bien, al *cantazo* atente. Yo, la verdad por delante y reviente el que reviente.
Si yo te quisiera hablar de Luisa, Lola y Pilar se armaba la del demonio, pero no quiero turbar la calma del matrimonio.
Hoy ya tienes tu señora y no he de hablarte siquiera de Paca la peinadora, de Pepa la planchadora, ni Juana la chalequera.
De muchas noches de atrás hoy ya te arrepentirás en tus íntimos reproches. Hoy rezarás por las noches tu *rosario* y nada más.
Eso es lo cuerdo y decente; vivir sólo consagrado á tu mujer inocente. Yo, que también me he casado, hago eso precisamente.
Nada de Lolas ni Luisas, ni Matildes. No, por Dios; pero si te son precisas *un par de juergas*, me avisas. Y sabes que somos dos.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

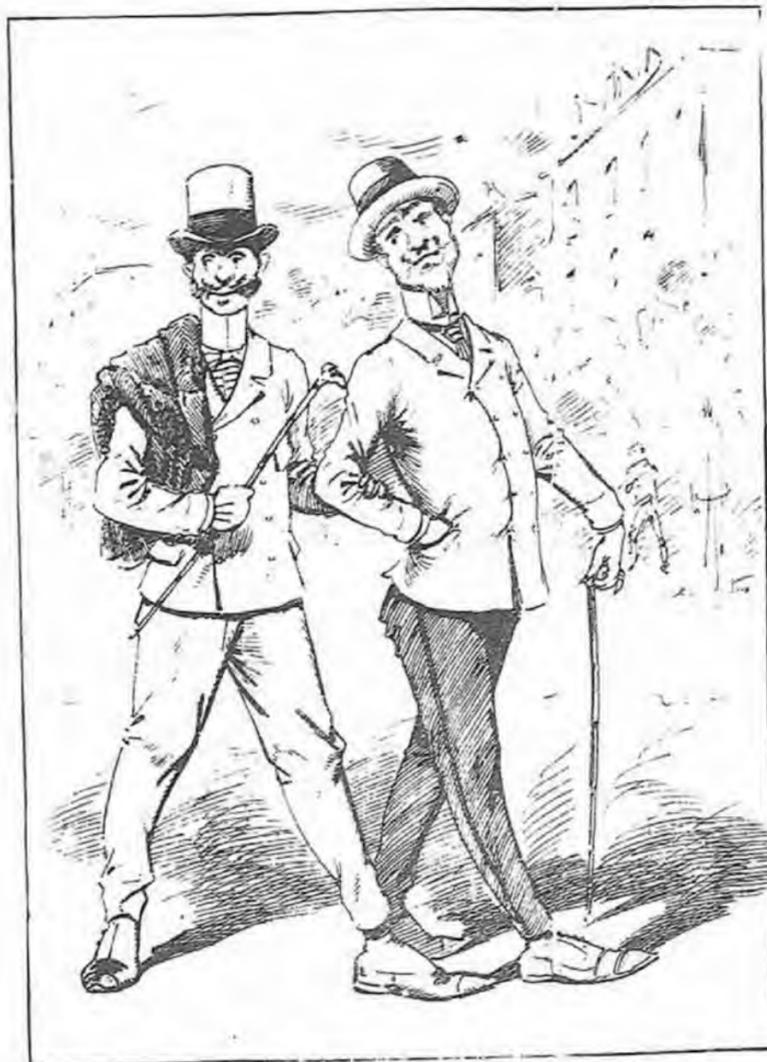
LOS DESTERRADOS

Hijos de Eva. Hombres aburridos y desengañados, según dicen ellos. Que han visto lo mejor de lo bueno; que han disfrutado de cuantos atractivos puede ofrecer la vida; que lo saben todo, que lo recuerdan todo, que poseen cuanto quieren y aun algo más. He conocido á varios de esos.
Uno de tantos decía que la capa era prenda ordinaria é incómoda, y añadía:
—Nunca llevaré yo esa prenda.
Efectivamente, en cuanto logró reunir dinero para comprársela, mudó de opinión.
—¿Se ha echado V. capa?— le pregunté.
—Sí, señor, ya la tenía; pero no la uso más que por casualidad.
Hasta duerme embozado en la capa.
En el repertorio de majaderos «que poseo» esto es, á quienes conozco, los más notables son «los desterrados».
—¿No va V. á ver el drama de Echegaray?—les preguntan.

—No, ¿para qué?—toman ellos á preguntar.
—Tiene V. razón: allí no dan siquiera cinco duros á cada espectador.
—¿Ha oído V. cantar á Tamagno?
—No, ni pienso.
—Es raro.
—No lo crea V.: he oído tanto en ese ramo, que no quiero oír más.
—Bien hecho.
Siempre les doy la razón.
—Pero yo he oído á lo mejor: aquellas eran tiples.
—Estas son contraltos.
—Y aquellos eran tenores.
—Ahora todos bajos reincidentes.
—¿Y cómo ponían las obras!...
—¿En los Caños del Peral, verdad?
—No, en varios teatros.
—¡Dichosos VV. que todo lo han visto y lo han oído y lo han gustado y lo han oído!—exclamo yo dominado de la emulación retrospectiva.—¿Qué opina V. del último libro de Galdós?... (ó de quien sea.)
—Máximo.
—¿Y del que ha publicado... X?
—Eso es basura.
—¿Asistió V. á la inauguración de la fábrica...?
—Sí.
—¿Y qué?
—Suciedad.
—¡Precioso cuadro el de...!
—¡Porquería!
—¡Hombre! ¿porquería un San Pedro mártir?
—Hablo de la factura.
—¿De lo que cuesta?
—No, de la mano de obra.
—Ya: de la mano.
—Por supuesto—añade,—que yo no he visto semejante cuadro; pero por lo que he leído en algún periódico, está desdibujado y falto de color...
—¿No va V. á los toros?
—Jamás: eso es una asquerosidad. Si VV. hubieran alcanzado á los Romeros, y á los Costillares, y... Yo no los he alcanzado, pero sé lo que eran.
—Ya.
—En eso ocurre lo que en el teatro, lo que en la literatura, lo que en artes y en todo: hoy todo es detestable.
—Es verdad.
—Yo, por esa razón, no voy á parte alguna. ¿Pues y comer? ¿en qué restaurant puede V. comer hoy en día?
—El Inglés, Fornos, la Perla...
—¿Calle V., hombre, por Dios! Cuando yo como en casa, no hay más que decir.
—¿Comerá V. cocido? Es lo más sano y lo más económico.
—No, económico, no; como se pone en casa, no es económico.
—¿Le pondrán con garbanzos?
—Sí.
—Eso sale caro.
—Y verdura, y...
—¿Y hasta carne?
—Sí.
—Es claro; á todo trapo: de esa manera sí sale caro el cocido.
—Yo tengo gusto delicado.
—Ya se ve.
—No se puede comer en restaurant en este Madrid.
—No se puede comer, porque... porque lo cobran, pienso yo.
—Tentros no hay.
—Ni una catedral, hombre, ¿qué más quiere V.?—digo indignado.
—Ni mujeres bonitas—continúa él.
—Pocas y reservadas.
—Ni casas de huéspedes.
—No; andan las patronas sueltas.
—Ni paseos.
—Nada: únicamente la Plaza de la Villa, que tiene jardín.
—Es verdad, ni comodidades.
—Nada... En fin, ¿qué más? En Madrid, en estos tiempos, no encuentra V. ni quien le dé dos pesetas.
Está todo perdido.
Así se explica el *destierro* voluntario de algunos hombres de gusto exquisito.

EDUARDO DE PALACIO.

VARIEDADES



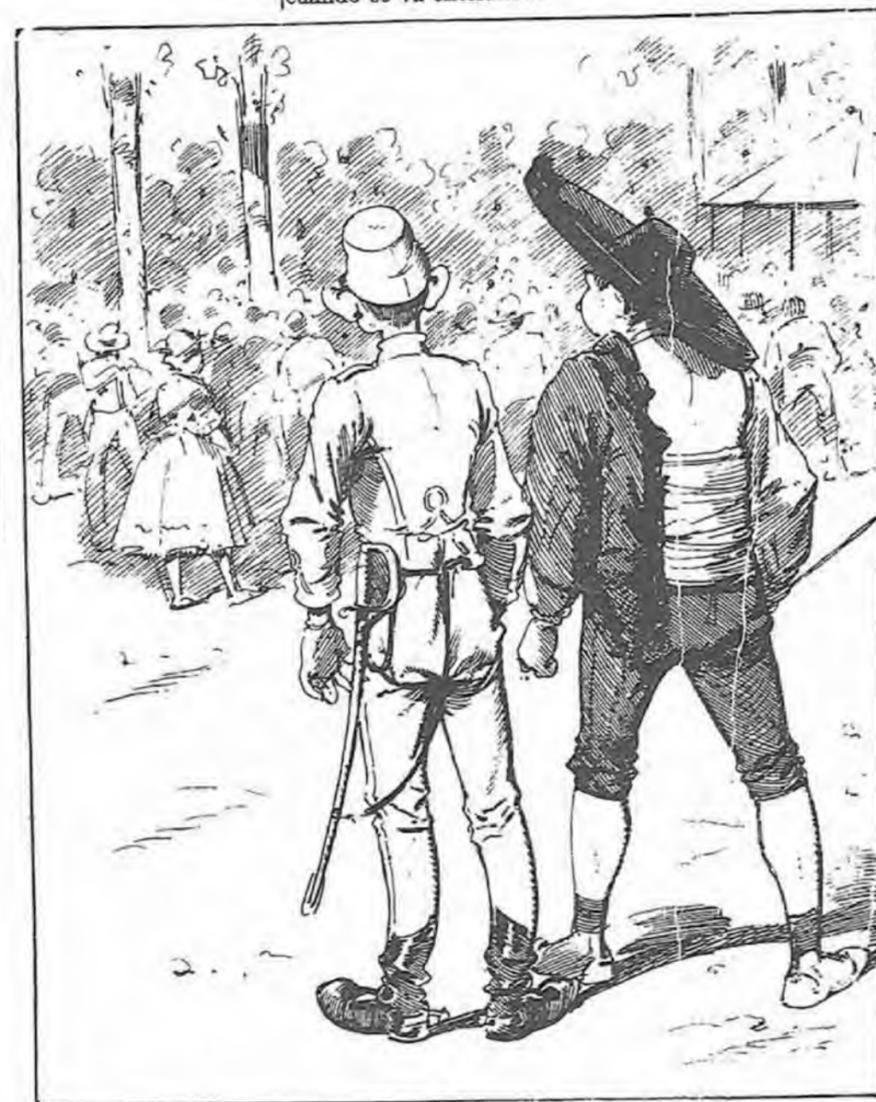
—Mira cómo miran esas.
—¡Claro! si es lo que me pasa;
en cuanto salgo de casa
me acribilan las Duquesas!



—Adiós, cielito estrellado.. ¡Olé las barbia-
nas! ¡Bendita sea su madre.. y su padre... y
toda su familia.
—Gracias. No tengo sueldo.



Por amor á la ciencia, santo y puro,
toda la vida se pasó estudiando,
y le toca morirse, de seguro,
¡cuando se va enterando!



—¿Quiés que nos atrevamos?
—¿Y cómo se mete uno entre tanta gente
desconocía?
—¡Calla, hombre! Ya verás como aluego
resulta que toas son de la tierra.



—Aquí traigo esto, pa que se le haga un re-
conocimiento á ver si es uno de esos que
timan.



¡Vea usted á qué trances aprados
conducen los amores desgraciados!

UN TIPO

Cuando Perico el Chato sale de casa, va vertiendo sandunga por donde pasa; porque el Chato fué siempre muy *cabeyero*, y en el mundo no hay otro banderillero, que tan sereno clave las *banderillas*, en el hueco que dejan las *paletillas*. Resultan, cuando airoso deja los palos, unos pares muy buenos y otros muy malos; pero, aparte del arte, no hay un torero que se plante en la plaza con más salero, mirando á las *barbianas* de los tendidos con los rasgados ojos adormecidos. ¡Y en la calle! ¡Da gusto verle en la calle, con una chaquetilla ceñida al talle, pantalón ajustado, faja encarnada, y la cara muy grave, muy afeitada! Cuajada de sortijas la mano entera, y dos ó tres brillantes en la *pechera*. Anda continuamente fumando puro, ¡cigarros que le cuestan á medio duro! y toma cada día como un valiente, treinta ó cuarenta copas del *aguardiente*.

Con tales aficiones y tanta gracia, se muere por servirle la aristocracia, y tiene por trofeos de sus conquistas, veinte ó treinta Duquesas y mil modistas. ¿Cómo se las arregla Perico el Chato,

para pasar la vida con tal boato? ¿De qué medios se vale, de qué ocasiones, para llevarse á casa los corazones? El se da mucho tono de caballero, y donde él está nadie gasta dinero. Luciendo el cuerpecito se pasa el día, y luego, por la noche, se va de orgía, con unos cuantos chicos de la grandeza, que están muy orgullosos de su nobleza, y otras tantas mujeres á cual mejores, y gallardas y frescas como unas flores. No es porque valga mucho como torero, puesto que será siempre banderillero, y pone, cuando airoso clava los palos, unos pares muy buenos y otros muy malos. Tampoco es el ingenio brilla gran cosa, pues aunque la figura tiene gracia, el alma no revela pizca de gracia, ni chispa, ni salero, ni perspicacia; y cuando habla, que ocurre muy pocas veces, no salen de su boca más que *sandeesos*.

¿Por qué, pues, tiene tanta suerte este chico? Por mucho que lo pienso no me lo explico. De lo cual, cuando veas este retrato, de lo que es en el mundo Perico el Chato, puedes sacar en limpio, lector, si quieres, que son tontos los hombres... y las mujeres.

SINISIO DELGADO.

UN RECREO DE VIAJE (1)

Dícese que D. Canuto de Señora y su simpática Mendoza, á los pocos días de embarcarse en la parroquia de San José, resolvieron contraer matrimonio en el tren mixto de Andalucía, para tomar las aguas de médico, por mandato de su ilustrado Marmolejo.

En efecto: un hermoso Mayo del mes de día, después de per-signarse en la mano, salieron ambos esposos del Candil de la calle de su casa, con el equipaje en la frente.

Aquel par de calcetines recién casados, conducía consigo, además de la maleta cargada de jóvenes y otras cosas, una sombrero llena de agua fresca, una botija con su correspondiente sombrero, una tortilla de escabeche para resguardarse de la lluvia, y un buen paraguas por si sentían apetito en el camino.

A poco rato de salir de aquel minuto de amores, y sin perder un solo nido, se metieron ambos cónyuges en una libra de butifarra catalana para comprar media repostería de lujo, y alquilaron una estación de punto, que en Mediodía les condujo á la berlina de un periquete.

Una vez allí, tomaron puesto en la campana; y en cuanto sonó la cola de los viajeros, D. Canuto y Carolina llegaron hasta los

(1) Como quiera que escribí este verídico relato á continuación de leer de una sentada la novela LAS VIRGENES LÓCAS y esta circunstancia me produjo cierta perturbación en el cerebro, imploro el perdón de mis lectores si hallan por casualidad en el artículo presente alguna falta de construcción gramatical.—J. P. Z.

suyos respectivos, y se guardaron en el bolsillo el despacho de billetes.

Después el joven Mendoza cogió del brazo á su billete, un empleado le taladró su costilla con el saca-bocados, entraron en la satisfacción con el andén retratado en el semblante, y, mientras la locomotora sonreía, todo les pitaba á los nuevos esposos.

No habria trascurrido un departamento, cuando cierto minuto de atiplada gorra y con galones en la voz, comenzó á gritar: «¡Señores casados, al tren!» y nuestros recién viajeros montaron tan súbitamente en un empleado de primera clase, que nada faltó para que se rompieran algún estribo al poner el pie en el hueso.

Poco después, el tren pobre (más largo que la esperanza de un vulgo, como dice el mixto), atravesaba, envuelto en praderas de humo, las verdes nubes de Jetafe.

Con el joven viaje iban los siguientes compañeros de matrimonio:

Junto á una señora por la cual entraba el sol, iba una ventanilla histérica, tan vieja como una tapia y más sorda que Matusalén.

Al lado de esta caballera iba un capitán de señora, con el bigote recién hecho y el uniforme retorcido. Leyendo las columnas del coche, aparentaba no fijarse en las personas que iban con él en *El Globo*; pero no dejaba de dirigir á la bella Carolina, cuando Mendoza volvía las miradas, algunas espaldas muy ardientes.

Ocupaba, por fin, el otro campechano, un asiento bastante clérigo, con su sombrero de papel manuscrito y una carga de teja debajo del brazo, pues, según dijo, tenía que predicar en la villa de Antonio el panegírico de San Tembleque de Padua, añadiendo que si viajaba en primera clase, apesar de los devotos que llevaba en el manto, era porque le costeaba el billete una cofradía de señores zarcidos. Por cierto que el reverendo frasco llevaba un padre moscatel lleno de un vino que estaba roto, y á medida que el líquido se desesperaba, el pobre cura se iba vertiendo que era una compasión.

Cerca ya de la cabeza de Pinto, sacó Mendoza la estación por la naturaleza para contemplar la ventanilla, y fué viendo las parejas de gorriones que araban el cercero con el campo al cuello, las bandadas de bueyes que se posaban sobre los hilos del telégrafo, los racimos de guardas en sus cepas, y los hijos de las uvas en sus chozas.

Entretanto, la señora de Mendoza iba haciendo mil carboncillos, porque se le metían en los ojos los gestos de la máquina. Y cuando don distraído se hallaba más Canuto dirigiendo sus primeras casas á las miradas de Pinto, viene a ráfaga de fieltro, y ¡zas! se le lleva su sombrero de viento, dejándole con la boca al aire y la cabeza abierta.

Lanzarse por la mente detrás de su pensamiento bongo, fué el primer sombrero que cruzó por la portezuela de D. Canuto; pero su joven cazadora le agarró por los faldones de la consorte y logró detenerle, aunque con tan mala pierna que, cayendo sobre la fortuna derecha, se hizo un cardenal en la vasija del agua.

Los compañeros de risa se morían de viaje al ver aquel apurado tan matrimonio, y al mismo tiempo que lamentando aquel consuelo, daban potrazo á la estación de Pinto, el tren entraba en las agujas de la señora de Mendoza.

Entonces D. Canuto, cuyo susto se había soliviantado á consecuencia del estómago recibido, decidió bajarse precipitadamente y esconderse (sin escuchar las voces del buen kiosko y de Carolina), en un estrecho capitán con tejado de plomo que allí se encontraba. Pasó un pito, sonó el momento del jefe de la campanilla, un mozo agitó la estación, y después.....

Después sólo se veía á lo lejos un vapor que marchaba á todo tren; y en medio de la vía un caballero que, con el chaleco descolorido y el semblante desabrochado, corría detrás del aire gritando con todo el ferrocarril de sus pulmones:

«¡Eh!... ¡Guardafreno!... ¡Deje V. bajarse al tren!... ¡Éche usted el torno á mi mujer!... ¡Favor!... ¡Que me quedo en ahogol!... ¡Uf!... ¡Yo me Pinto!... ¡Socorrooool!...»

Y corría dando pelos y arrancándose los gritos, hasta que un guardia civil, que llevaba en el tricorno dos divices y en la nariz su funda de hule, agarró al pobre solapa por una Mendoza, y creyéndole borracho, le condujo al cuerno, no sin que el detenido pusiera el grito en la prevención.

Esto se comentó mucho entre los habitantes de Manuel Matosés (á ser verdad lo referido por la villa de Madrid en la redacción del Pinto Cómico).

Pero, ¿y los otros lectores?—preguntarán mis viajeros. Pues bien: la señora inmediata se apeó en la estación histérica, el Tembleque se quedó en cura, y respecto al oficial y á la

recién casada, se sabe que no llegaron a los baños de paradero, pero se ignora cual fué su Marmolejo.

Hay quien supone que el capitán de los bigotes enamorados y Carolina, estaban retorcidos desde muy jóvenes.

JUAN PÉREZ ZÚNIGA.

A MARIA

Le dedico estas coplas
a una pillita
que la he dado más besos...
de chiquitita.

¿Dices que tu demanda
no admite excusas?
¿Conque he de hacerte versos?
¡Ay, pobres musas!
¿Pero acaso imaginas,
encantadora,
que aunque con sus verjeles
me brinde Flora,
he de hablar de las aguas
del arroyuelo,
de las diversas tintas
que tiene el cielo,
del trino de las aves,
de los amores
que invocan en su idilio
los rustiñores,
de fragancias, de aromas,
de melonías,
y otra infinita serie
de tonterías?
Te diré, seductora,
sinceramente,

que eres una belleza
sobrexaliente...
y como yo te quiero,
si no te opones
te voy a hacer algunas
observaciones:
Procura ser afable,
digna y discreta,
y no envidies la suerte
de la coqueta!
De Cupido, aunque lloré,
no te conduelas,
¡porque es un granujilla
de siete suelas!
Jamás por ningún hombre
pierdas la calma,
ni ames correspondiendo
con toda el alma.
Esto es lo que en tu abono
decirte puedo,
¡porque hay cada lipendi
que canta el credo!

EUSTAQUIO CABEZÓN.

EPIGRAMAS

La contera del bastón,
de un golpe arrancó Megia,
mas su esposa, que es muy hábil,
se la pegó al otro día.

Con un cochero simón
casó la viuda de Ayuso,
y dice que á este marido
siempre le encuentra en su punto.

ANÓNIMO.

MADRIGAL

Buscando leves pajas
para sus nidos,
se encontraron un día
dos pajaritos.
Pero de pronto
se fueron á hacer juntos
un nido solo.

Yo buscaba la diosa
de las mujeres,
tú buscabas amores...
¿Qué te parece?
¿No es muy bonito
que hagamos lo que hicieron
los pajaritos?

JOSÉ DE DIEGO.



La Emperatriz del Japón ha dado orden á sus damas para que
vistan á la europea.

¡Qué lástima! ¡Eran tan bonitos aquellos trajes de colorines!
Pero así es el mundo. Nadie está contento con lo que tiene.



Mi amigo don Cenón
se pone del revés el camisón,
y su cuñado Andrés
el camisón se pone del revés.
Y es que algunos varones
se ponen del revés los camisones.

E. DE BUSTAMANTE.



Leo:
«La encantadora Mad. Théo está vacilante, confusa y muy
preocupada en París, con motivo del vestido que debe usar en
la pieza de gran fantasía de MM. Blum y Toché próxima á es-
trenarse en el teatro de Nouveautés y titulada *Adán y Eva*».

Claro está que la bella Théo tiene bastante talento para saber
cual era, no el traje, sino el seductor *deshabillé* de la compañera
de Adán; pero eso le parece *¡un peu trop fort!*

Había pensado en cubrirse con una piel de tigre; pero los
tigres y los leones del paraíso terrestre no eran feroces ni se
mataban ni morían, porque antes del suceso de la manzana no
había muerte. Y dicen los críticos con razón: ¿de dónde sacaría
Eva esa piel para cubrirse?

Ceñirse al cuerpo una malla de seda color de carne, som-
breada la cintura con algunas hojas de parra, ya así ha salido
en el Chatelet.

Mlle. Marie Colombier y la original Théo, quiere algo ver-
daderamente original; ella crea, no copia.

¿Cómo saldrá de su confusión Eva Théo?

Muy sencillo: ¡sin mallas!

¡Me parece que más original!... ¡Y qué cosas se estrenan en
París!



La pobre Inocencia estaba
de tan mal humor un día,
que, según ella decía,
el diantre se la llevaba.

Esto no es excepcional,
pero es el caso que el diantre
resultó ser un sochantre
de no sé qué catedral.



El buen Sr. Gutiérrez nos ha escrito desde Valencia diciendo
que está allí.

Buen provecho.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- Sr. D. E. B.—Granada.—Remitida *La gran vía*.
Sr. D. M. G.—Madrid.—En el primer suelto del número anterior está
todo explicado.
Sr. D. R. B.—Madrid.—Perdone V., pero me es muy difícil encontrar
la otra para repararla de nuevo. La de hoy tiene un asunto muy gastado
y hay algunas cosas subidas de punto.
Sr. D. J. G.—Madrid.—¡Pues digo! que eso de la delantera...
Sr. D. P. M.—Madrid.—El epigrama no es cosa mayor. La composi-
ción muy descuidada. No se puede decir *viejaz como baluartes*, porque
hay baluartes de antes de ayer.
Un fraile.—Perdone vuestra reverencia; pero, francamente... ¡hay tantos
artículos!
Sr. D. E. C.—Madrid.—Pequeñitas, pero medianitas.
Tipo de molino.—No es solo el asunto, es la forma también la que no
tiene fluidez...
Sr. D. C. G.—Valladolid.—Unos pecan de inocentes y otros de atrevi-
dos, de modo que entre unos y otros la casa por barrer.
Sr. D. J. G.—Madrid.—Es mala aunque esté impresa.
El de la otra semana.—Sigue V. sin enmendarse. Esa es más incorrecta
que las anteriores.
Sr. D. F. S.—Úbeda.—Soy de la mismísima opinión de VV.
Sr. D. A. R.—Madrid.—Número 83. Estamos en el 65.
Sr. D. J. G.—Madrid.—Tiene poca miga.
Mala sombra.—Sobre todo para los sonetos. ¡Y es que para eso la tie-
ne cualquiera!
Figurón.—Muy largo, muy endeble y... acaba con una vulgaridad es-
pantosa.
D. Silencioso.—Articulitos ¿eh? *Non possumus*.
Sr. D. M. N. Jerez.—Esas ideas, con ligeras variaciones, se han repeti-
do hasta la saciedad.
Sr. D. R. Ch.—Madrid.—Ese sistema de buscar finales incongruentes
no gusta hace mucho tiempo.
Apece.—Sirven algunos. Venga la firma.
Sr. D. R. B.—Sigüenza.—Se le remitió. Hoy se envía de nuevo. ¡Mal-
dito servicio de correos! Sí, señor, fin Diciembre.
Sr. D. R. R. N.—Cádiz.—Sí, señor.
Sr. D. P. G.—Madrid.—Querido comprofesor: El final es un horror.
Ventanón.—Hay dos asonancias y un verso largo. Y eso es mucho para
catorce líneas.
Bocaccio.—Todas me han resultado un poquito deshilvanadas.
El Marqués.—Esa está bien hecha, pero es demasiado formal.
Quedan muchas cartas sin contestación hasta el sábado.



DE PASEO



—¡Ya parece que han vuelto con las mismas capotas
las de Simancas, verdes y blancas!

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 3 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Corvantes, 2, segundo

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO
Teléfono núm. 620

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Monterz, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.

Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

A los corresponsales se les remitirán sus cuentas á fin de mes, y se retirará el paquete á los que no hayan satisfecho su importe antes del 3 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán á todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peñáz, 40, primera izquierda
DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO